

# **La Epístola a los Colosenses**

Hamilton SMITH

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Prefacio</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - Introducción (Col. 1:1-14)</b> . . . . .	<b>4</b>
2.1 - El saludo (Col. 1:1-2) . . . . .	4
2.1.1 - Versículos 1-2 . . . . .	4
2.2 - La acción de gracias (Col. 1:3-8) . . . . .	4
2.2.1 - Versículos 3-4 . . . . .	4
2.2.2 - Versículo 5 . . . . .	5
2.2.3 - Versículos 6-8 . . . . .	5
2.3 - La oración (Col. 1:9-14) . . . . .	6
2.3.1 - Versículo 9 . . . . .	6
2.3.2 - Versículo 10 . . . . .	7
2.3.3 - Versículo 11 . . . . .	9
2.3.4 - Versículo 12 . . . . .	10
2.3.5 - Versículo 13 . . . . .	11
2.3.6 - Versículo 14 . . . . .	12
<b>3 - Cristo, la obra de Cristo y el misterio (Col. 1:15-29)</b> . . . . .	<b>12</b>
3.1 - Las glorias de la Persona de Cristo (Col. 1:15-19) . . . . .	13
3.1.1 - Versículos 15-17 . . . . .	13
3.1.2 - Versículos 18-19 . . . . .	15
3.2 - Las glorias de la obra de Cristo (Col. 1:20-23) . . . . .	15
3.2.1 - Versículo 20 . . . . .	15
3.2.2 - Versículo 21 . . . . .	16
3.2.3 - Versículo 23 . . . . .	16
3.3 - La gloria del misterio (Col. 1:24-29) . . . . .	17
3.3.1 - Versículo 24 . . . . .	17
3.3.2 - Versículo 25 . . . . .	18
3.3.3 - Versículo 26 . . . . .	18
3.3.4 - Versículo 27 . . . . .	18
3.3.5 - Versículos 28-29 . . . . .	19
<b>4 - Las trampas que acechan a la Asamblea (Col. 2:1-19)</b> . . . . .	<b>19</b>
4.1 - Los ejercicios de alma del apóstol (Col. 2:1-3) . . . . .	19
4.2 - Las palabras seductoras (Col. 2:4-7) . . . . .	21
4.2.1 - Versículo 4 . . . . .	21

4.2.2 - Versículo 5 . . . . .	21
4.2.3 - Versículo 6 . . . . .	21
4.2.4 - Versículo 7 . . . . .	22
4.3 - El racionalismo (Col. 2:8-15) . . . . .	22
4.3.1 - Versículo 8 . . . . .	22
4.3.2 - Versículo 9 . . . . .	23
4.3.3 - Versículo 10 . . . . .	24
4.3.4 - Versículo 11 . . . . .	24
4.3.5 - Versículo 12 . . . . .	25
4.3.6 - Versículos 13-15 . . . . .	25
4.4 - El ritualismo (Col. 2:16-17) . . . . .	26
4.5 - La superstición (Col. 2:18-19) . . . . .	26
<b>5 - La muerte y la resurrección del creyente con Cristo (Col. 2:20 al 3:11)</b>	<b>27</b>
5.1 - El efecto práctico de estar muerto con Cristo (Col. 2:20-23) . . . . .	28
5.1.1 - Versículo 20 . . . . .	28
5.2 - El efecto práctico de haber resucitado con Cristo (Col. 3:1-11) . . . . .	29
5.2.1 - Versículos 1-2 . . . . .	30
5.2.2 - Versículos 3-4 . . . . .	31
5.2.3 - Versículos 5-7 . . . . .	31
5.2.4 - Versículos 8-10 . . . . .	32
5.2.5 - Versículo 11 . . . . .	33
<b>6 - Cristo en el creyente (Col. 3:12 al 4:6)</b> . . . . .	<b>34</b>
6.1 - Cristo manifestado en el círculo cristiano (Col. 3:12-17) . . . . .	34
6.1.1 - Versículo 12 . . . . .	34
6.1.2 - Versículos 12-13 . . . . .	35
6.1.3 - Versículo 14 . . . . .	36
6.1.4 - Versículo 15 . . . . .	36
6.1.5 - Versículos 16-17 . . . . .	37
6.2 - Cristo manifestado en el círculo familiar (Col. 3:18-21) . . . . .	38
6.2.1 - Versículo 18 . . . . .	38
6.2.2 - Versículo 19 . . . . .	39
6.2.3 - Versículo 20 . . . . .	39
6.2.4 - Versículo 21 . . . . .	39
6.3 - Cristo manifestado en el círculo social (Col. 3:22 al 4:4) . . . . .	40
6.3.1 - Colosenses 3:22 al 4:1 . . . . .	40
6.3.2 - Colosenses 4:2-4 . . . . .	41

6.4 - Cristo manifestado a los que están fuera (Col. 4:5-6) . . . . .	41
<b>7 - Los saludos finales (Col. 4:7-18) . . . . .</b>	<b>42</b>
7.1 - Versículos 7-9 . . . . .	42
7.2 - Versículos 10-11 . . . . .	43
7.3 - Versículos 12-13 . . . . .	43
7.4 - Versículo 14 . . . . .	44
7.5 - Versículos 15-16 . . . . .	44

## 1 - Prefacio

En las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses el Espíritu de Dios nos ha desplegado a través del apóstol Pablo las más altas verdades del cristianismo. Ambas epístolas dan importancia a las grandes verdades de que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y que Cristo es la Cabeza del Cuerpo. Hay, sin embargo, esta importante diferencia: mientras que la Epístola a los Efesios pone de relieve los privilegios del Cuerpo, la Epístola a los Colosenses enfatiza las glorias de la Cabeza. Además, en la Epístola a los Efesios se ve a la iglesia como representada en Cristo en el cielo; en la Epístola a los Colosenses se ve a Cristo como representado en la Iglesia en la tierra.

Parece que la epístola fue escrita con un doble propósito: en primer lugar, desplegar la plenitud que reside en Cristo, la Cabeza de la Iglesia, para que los creyentes, al darse cuenta de la plenitud de sus recursos en Cristo, puedan escapar de la trampa de adoptar los dispositivos de la carne religiosa para sostener la vida cristiana; en segundo lugar, exponer el propósito de Dios de que Cristo se muestre en la Iglesia, no solo en la gloria futura, sino en su paso por el tiempo.

En [Colosenses 1](#), tras la introducción (1-14), se presentan: en primer lugar, las glorias de la Persona de Cristo (1:15-19); en segundo lugar, las glorias de la obra de Cristo (1:20-23); en tercer lugar, la gloria del misterio, que es «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (1:24-29).

En [Colosenses 2:1-19](#) somos advertidos contra las diferentes artimañas con las que el diablo trata de frustrar el presente propósito de Dios de que el carácter de Cristo, la Cabeza en el cielo, se manifieste en los miembros de su Cuerpo en la tierra.

Desde [Colosenses 2:20](#) hasta el capítulo 3:11, el apóstol presenta la práctica que debe derivarse de que los creyentes estén muertos y resucitados con Cristo.

De [Colosenses 3:12 al 4:6](#), somos exhortados a expresar moralmente la vida de Cristo en el círculo cristiano (3:12-17), en el círculo familiar (3:18-21), en el círculo social (3:22 al 4:1) y hacia los que están fuera (4:2-6). Los saludos habituales cierran la epístola.

## 2 - Introducción (Col. 1:1-14)

Los versículos introductorios de la epístola se abren con el saludo del apóstol (v. 1-2). Le sigue su acción de gracias por los frutos de la gracia que se observan en los santos de Colosas (v. 3-8) y, finalmente, la oración en su favor (v. 9-14).

### 2.1 - El saludo (Col. 1:1-2)

#### 2.1.1 - Versículos 1-2

La epístola se abre con un hermoso saludo en el que Pablo habla de sí mismo como apóstol enviado con toda la autoridad de Jesucristo. Todo lo que se dice en la epístola puede leerse, por tanto, como un mensaje de Jesucristo y de acuerdo con la voluntad de Dios. Como tantas veces en las epístolas de Pablo, Timoteo se asocia con el apóstol.

Los creyentes de Colosas son vistos como «en Cristo», y se dirige a ellos como «santos», lo que implica una separación del mundo; como «fieles», y por tanto fieles a Dios y a la posición en la que Dios los ha puesto; y como «hermanos», formando un círculo de comunión fraternal entre ellos en la tierra. Como tales, el apóstol desea para ellos el suministro de gracia y paz que los santos necesitan continuamente, y que está siempre disponible de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

### 2.2 - La acción de gracias (Col. 1:3-8)

#### 2.2.1 - Versículos 3-4

Después de la salutación tenemos la acción de gracias que surgía continuamente del corazón del apóstol al orar por estos creyentes. El apóstol habla en primer lugar de las cualidades cristianas de estos santos que suscitaban su agradecimiento. Estaban marcados por la fe en Cristo Jesús y el amor a todos los santos. No solo habían sido atraídos por la fe al Señor Jesús como pecadores necesitados, sino que caminaban por la fe como santos dependientes. La realidad de su fe en Cristo fue probada por su amor a los santos. No era su amor según un tipo humano que podría haberlos unido simplemente a ciertos individuos; era un amor divino que se dirigía a «todos los santos» porque eran tales.

### 2.2.2 - Versículo 5

Una vez expuesto el motivo por el que puede dar gracias, el apóstol procede a exponer por qué da gracias. Da gracias a Dios por la gloriosa perspectiva que tienen ante sí los creyentes: la esperanza depositada para ellos en el cielo. No piensa en aquello de lo que han sido liberados ni en el escenario por el que están pasando. No tiene esperanzas brillantes en este mundo, pero ve en los santos de Colosas una compañía de personas que están vinculadas con el cielo. La epístola indica que, en ese momento, corrían el peligro de que sus mentes fueran desviadas de las cosas de arriba por «las de la tierra» (Col. 3:2). Sin embargo, el peligro de deserción no altera en absoluto el hecho de que Dios ha reservado una perspectiva bendita para su pueblo en el cielo, y por ello el apóstol puede dar gracias.

Seguramente es de mayor importancia mantener esta bendita esperanza constantemente ante nuestras almas. Con razón nos regocijamos al saber que hemos sido liberados del juicio. Pero si esto es todo, cuando la primera alegría del alivio se desvanece, podemos volver a las cosas de la tierra. Así, los hijos de Israel cantaron de alegría cuando fueron liberados de Faraón y, sin embargo, demasiado pronto, volvieron con el corazón a Egipto. Caleb y Josué, que no volvieron atrás, eran hombres que tenían ante sí la tierra de Canaán. Así, en el caso de los cristianos, solo a medida que nuestros corazones entren en la bendición de la esperanza que Dios ha depositado para nosotros en el cielo, escaparemos de las trampas que el diablo pone para nuestros pies en la tierra. Solo a medida que caminemos en la luz del cielo seremos elevados por encima de este presente mundo malvado y sostenidos en nuestra travesía por el desierto.

Así, estos versículos iniciales presentan el hermoso cuadro de una compañía de santos que son objeto del presente favor del Padre, con sus infaltables suministros de gracia (v. 2); que tienen las marcas que acompañan a la salvación «fe» y «amor» (v. 4); y que tienen una gloriosa «esperanza» depositada para ellos en el cielo (v. 5).

### 2.2.3 - Versículos 6-8

El apóstol pasa a recordar a estos santos los medios por los que habían oído hablar de esta bendita esperanza. Esto le lleva a hablar del evangelio, ya que, como se ha dicho, “la buena noticia de la gracia llevaba envuelta también la buena noticia de la gloria”. Así lo aprendemos en la Epístola de Pablo a Tito, la aparición de la gracia de Dios conduce a la aparición de la gloria (Tito 2:11-13). El apóstol habla

de este evangelio como «la palabra de la verdad» en contraste con las «palabras persuasivas» (2:4) de los hombres por las que corrían el peligro de ser engañados (Col. 2:4). Hubo en aquel tiempo, como en este, quienes buscaron atraer a los santos al terreno judío; por eso el apóstol les recuerda la universalidad del evangelio. La gracia de Dios no puede limitarse al judío; es para «todo el mundo».

Además, en aquel tiempo, el evangelio estaba «dando fruto y creciendo». Más adelante aprenderemos que los santos deben dar fruto y crecer (Col. 1:10); aquí es el evangelio el que da fruto y crece. Los santos mismos son el fruto del evangelio; el carácter de Cristo en los santos es el fruto que deben dar los creyentes.

El evangelio de la gracia de Dios había llegado a los colosenses a través de Epafras, el querido compañero de Pablo y Timoteo, y «un fiel ministro de Cristo» para los santos colosenses. Había llevado al apóstol las noticias de la genuina obra de Dios que se había hecho en medio de ellos, tal como se manifestaba por su «amor en el Espíritu».

Es significativo que esta sea la única referencia al Espíritu en la epístola. Como estos santos estaban en peligro de ser apartados de Cristo como su único objeto, el propósito especial del Espíritu en la epístola es exaltar a Cristo ante ellos. Por esta razón, es posible que el apóstol se vea impulsado a mantener a Cristo ante estos santos, y a hablar poco del Espíritu, el cual está aquí para tomar las cosas de Cristo y mostrárnoslas.

## 2.3 - La oración (Col. 1:9-14)

El apóstol ha dado gracias a Dios por la esperanza depositada para los creyentes en el cielo. La certeza del fin del viaje no es motivo de oración, sino de alabanza. Sin embargo, todavía estamos en el mundo, aunque no somos de él, y hay un camino que recorrer en nuestro camino hacia el cielo. Este camino, por sus dificultades y peligros, suscita la oración del apóstol.

### 2.3.1 - Versículo 9

Ora incesantemente para que estos creyentes estén llenos del «conocimiento» de la voluntad de Dios «en toda sabiduría e inteligencia espiritual».

En muchos pasajes la voluntad de Dios tiene referencia a los consejos eternos de

Dios, como leemos: «Según el propósito del que todo lo hace conforme al consejo de su voluntad» (Efe. 1:11). En otros pasajes la referencia es a la voluntad de Dios para su pueblo en su camino diario (1 Tes. 4:3; 1 Pe. 2:15, etc.). Es así en este pasaje donde la voluntad de Dios se refiere evidentemente a nuestra conducta práctica. El discernimiento de la voluntad de Dios para nuestra conducta, al tiempo que exige un conocimiento del pensamiento de Dios tal como se revela en la Palabra, se hace depender del estado espiritual del alma, implícito en las palabras «sabiduría e inteligencia espiritual». El apóstol no sugiere que el pleno conocimiento de su voluntad pueda obtenerse mediante un conocimiento intelectual de los mandatos expresos de Dios, como en la ley. Menos aún puede obtenerse mediante el consejo de otros, aunque el consejo fraternal no debe despreciarse. «Sabiduría e inteligencia espiritual» implicaría más bien, como se ha dicho, “una percepción de lo que es bueno y sabio a los ojos de Dios, aparte de que sea su mandato expreso”. «Sabiduría» es el conocimiento de la verdad en contraste con la falta de sabiduría o inteligencia (véase Rom. 1:14). «Inteligencia espiritual» es más bien el discernimiento o la perspicacia espiritual que hace una aplicación correcta de la verdad a las circunstancias particulares.

En el camino de la voluntad de Dios no servirá la mera sabiduría y comprensión humanas. Es una «Senda que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vio; nunca la pisaron animales fieros, ni león pasó por ella» (Job 28:7-8). Ningún ojo tan agudo en la naturaleza como el de los buitres; ningún animal tan audaz como el león. Pero la audacia y la visión de futuro de la naturaleza no son iguales para el camino de la fe. La singularidad del ojo que tiene solo a Cristo como su único objeto, dará comprensión espiritual.

Los santos de Colosas conocían la gracia de Dios que les había asegurado una perspectiva bendita en el cielo; pero, como corrían el peligro de ser desviados por las «palabras persuasivas» de los hombres, por la filosofía «vana y engañosa», parece que les faltaba el pleno conocimiento de la voluntad de Dios.

### 2.3.2 - Versículo 10

Ahora aprendemos que esta sabiduría divina tiene en vista un triple fin: en primer lugar, que podamos andar «como es digno del Señor, con el fin de agradarle en todo»; en segundo lugar, que podamos dar fruto; y, en tercer lugar, que podamos tener un crecimiento espiritual en el conocimiento de Dios.

Es notable que en este pasaje la plenitud de la sabiduría y el entendimiento espiritual no es para que podamos hacer grandes cosas para el Señor o para que podamos enseñar y predicar la verdad sobre el Señor, sino para que, por encima de todas las demás consideraciones, podamos caminar dignamente del Señor. Cuanto más importante que todo nuestro servicio y actividades es nuestra condición espiritual y nuestro caminar práctico en la vida cotidiana. Es, por tanto, por estas cosas por las que ora el apóstol.

Además, el apóstol no ora para que caminemos de tal manera que simplemente evitemos la maldad, lo que podría hacer un hombre natural, sino para que nuestro caminar sea digno del Señor. El Señor es la norma de nuestra conducta. No debemos simplemente tener ante nosotros un andar digno de nuestra propia reputación o posición o de nuestra familia o nación o incluso de los santos, sino un andar digno del Señor.

Nuevamente, el andar no solo debe ser digno del Señor, sino que debe ser «con el fin de agradarle en todo». No se trata simplemente de un andar agradable y placentero para nosotros mismos o para nuestros hermanos, sino agradable para el Señor. Del Señor está escrito: «Ni aun Cristo se agradó a sí mismo»; por el contrario, pudo decir: «Hago siempre las cosas que le agradan» [al Padre] (Rom. 15:3; Juan 8:29).

Cuánto de lo que a menudo decimos y hacemos no se diría ni se haría si nos detuviéramos a preguntarnos: “¿Es esto digno del Señor?” y “¿Es esto agradable al Señor?” Hacemos bien, pues, en ponernos en marcha, día a día, con la oración de que podamos «andar como es digno del Señor, con el fin de agradarle en todo».

Entonces el apóstol desea que estemos «dando fruto en toda buena obra». El fruto en el creyente es siempre la expresión del carácter de Cristo. El hombre del mundo puede hacer muchas obras buenas; pero no puede dar fruto para Dios en sus buenas obras. Solo el creyente puede expresar algo de Cristo en sus buenas obras, de modo que, en las buenas obras que benefician al hombre, habrá fruto para Dios.

Por último, el apóstol desea que crezcamos «por el conocimiento de Dios». La conducta que es digna del Señor, y en la que hay fruto para Dios, será seguramente una que conduce al crecimiento espiritual al obtener un mayor conocimiento de Dios. Se trata seguramente de un conocimiento de Dios obtenido por la experiencia, más que por la doctrina, aunque tal conocimiento estará ciertamente de acuerdo con la verdad.

De este y otros pasajes de las Escrituras se desprende que los creyentes no son de-

ados en este mundo para que encuentren su camino al cielo lo mejor que puedan o para que caminen según sus propias ideas de lo que es agradable a Dios. El camino que Dios ha marcado para su pueblo es uno en el que su voluntad es primordial, y no la de ellos. Claramente, este décimo versículo muestra que su voluntad es que su pueblo camine dignamente del Señor, dando fruto –es decir, mostrando el carácter de Cristo– y creciendo por el conocimiento de Dios. Un andar digno del Señor solo puede ser cuando «seguimos sus pasos». De él leemos: «Quien, siendo insultado, no respondía con insultos; cuando sufría, no amenazaba, sino que encomendaba su causa a aquel que juzga justamente» (1 Pe. 2:23). Ante los agravios y los discursos duros, poco amables y malintencionados que puedan proferirse contra nosotros, nuestra preocupación debe ser, no la de defendernos y mantener nuestros derechos, sino la de manifestar a Cristo; y con respecto a cualquier agravio, encomendarnos a Aquel que juzga con justicia. Si hacemos del interés de Cristo nuestra gran preocupación, podemos confiar en que Dios hará de nuestras preocupaciones su interés. Exhibiendo así a Cristo, daremos fruto y creceremos en el verdadero conocimiento de Dios. Alguien ha dicho: “Adornamos la doctrina de Dios nuestro Salvador manifestando en este mundo de pecado, y en las circunstancias difíciles de la vida diaria, no lo que es la carne, sino lo que es Cristo: nuestros corazones se alimentan de su amor mientras nos apoyamos en su brazo y somos guiados por su ojo... ¿Nos fallará él en la hora de la necesidad? Él nos permite entrar en ella solo para que podamos probar cuán abundantes son sus recursos para hacernos vencedores sobre el poder del enemigo” (J. N. Darby).

### 2.3.3 - Versículo 11

Ya hemos visto que, para estar en un camino digno del Señor, en el que demos fruto y crezcamos en el conocimiento de Dios, se requiere sabiduría divina y comprensión espiritual. Ahora aprendemos la verdad adicional de que requerirá el poder divino. Tal camino está mucho más allá de cualquier fuerza que posea la naturaleza. Por lo tanto, el apóstol ora para que seamos «fortalecidos con todo poder, según la potestad de su fuerza». Cuanto más exaltada es una persona, mayor es su poder. ¿Quién puede entonces estimar la fuerza de la gloria de Cristo que está a la derecha del poder? En la Epístola a los Efesios aprendemos «la excelente grandeza de su poder para con nosotros», se ha visto en poner a Cristo a la diestra de Dios, por encima de todo poder que esté contra nosotros, ya sea en este mundo o en el venidero (Efe. 1:19-21). Si Cristo en su camino es nuestro modelo, el Cristo vivo en la gloria es nuestra fuerza. Este poderoso poder está a nuestra disposición, no para hacernos

grandes predicadores o maestros o prominentes como líderes entre el pueblo de Dios, sino para capacitarnos, no solo para tomar el camino que agrada al Señor, sino también para soportar en el camino con longanimidad y alegría. Lo consideramos en su camino perfecto para nuestro modelo; lo miramos en la gloria para obtener el poder de caminar según el modelo. Así, en otra epístola, el apóstol puede decir: «Todos nosotros a cara descubierta, mirando como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en la misma imagen, de gloria en gloria» (2 Cor. 3:18).

El apóstol no pide fuerzas para hacer alguna gran hazaña o hacer algún gran sacrificio en alguna ocasión especial. Pide fuerza para estar en una condición digna del Señor en la tranquilidad de la vida cotidiana. Qué bien sabemos que es la vida cotidiana la verdadera prueba de la vida cristiana. Ahí es donde necesitamos «toda paciencia y longanimidad (es decir grandeza del alma)», combinadas con el «gozo». «La longanimidad» puede ciertamente ser exhibida a veces por el hombre inconverso; ¿quién sino el cristiano puede combinar la «longanimidad» con el «gozo»?

Estos términos describen lo que somos, más que lo que hacemos. La paciencia se refiere más a las circunstancias, la longanimidad a nuestros hermanos, y el gozo a Dios. Tal es el camino que el apóstol desea para los creyentes; un camino que nos ha sido marcado por Cristo, pues leemos: «El que dice permanecer en él, también debe andar como él anduvo» (1 Juan 2:6). En su camino por este mundo todo estaba en contra de él. A cada paso tuvo que enfrentar la contradicción de los pecadores, la oposición del mundo religioso y la debilidad e ignorancia de los suyos. Sin embargo, en presencia de toda clase de pruebas, nunca hizo una sola cosa por sí mismo, sino solo la voluntad del Padre, mostrando una bondad perfecta, y toda la paciencia, con longanimidad. Mirando su camino vemos lo que no se encontrará ni siquiera en el cielo, un camino perfecto en medio del mal. Tal es el modelo perfecto para el camino del creyente.

Recorrer en cualquier medida el camino que tiene a Cristo como modelo exigirá la mirada única que tiene a Cristo como objeto.

### 2.3.4 - Versículo 12

El apóstol procede a decirnos el secreto del gozo cuando se está en circunstancias que exigen paciencia y longanimidad. Radica en el conocimiento de lo que el Padre ha hecho por nosotros. En primer lugar, el Padre nos ha hecho aptos para ser partícipes de la porción de los santos en la luz. No solo hay una porción guardada para

nosotros en el cielo, sino que somos hechos aptos para la porción. No solo somos hechos aptos para participar de los privilegios de los santos aquí abajo, sino también para compartir su porción en la luz. Tan absoluta es la eficacia de la obra de Dios por medio de Cristo que hace que su pueblo sea apto para estar «en luz», donde Dios mora en la plena luz de su santidad inmaculada.

El Padre nos ha tomado, en todos nuestros pecados y vileza, y nos ha hecho aptos para la luz. La justicia propia puede decir: “No soy apto”; pero la fe que mira a Cristo resucitado puede decir: “Soy hecho lo que él es, y por lo tanto soy apto para los santos en la luz”. Puede haber ejercicios profundos para aprender esto. Pueden surgir preguntas interminables y atormentadoras, si el corazón se repliega sobre sí mismo, pero todas estas preguntas se resolverán cuando el alma mire a Cristo resucitado. Cristo ha resucitado y no puede haber ninguna duda sobre el Cristo resucitado. Él está más allá de los pecados, más allá del juicio, más allá de la muerte y más allá del poder de Satanás al que venció en la cruz. Lo que es cierto de Cristo es cierto del creyente por el que Cristo murió. Si realmente no hubiera resucitado podríamos tener una pregunta acerca de estar a la altura de la luz. Pero Dios nos dice que Cristo, que murió por nosotros, está realmente resucitado; y lo que es cierto de él es cierto del creyente ante Dios. ¿Es Cristo apto para la luz? Nosotros también lo somos. El malhechor fue hecho apto para estar con Cristo el día que se convirtió. Pablo, al final de su abnegada vida, no era más apto para el cielo que el malhechor que fue al paraíso el día que se convirtió; aunque, ciertamente, era mucho más apto para vivir para Cristo en este mundo de mal.

### 2.3.5 - Versículo 13

En segundo lugar, no solo somos hechos aptos para la porción de los santos en la luz, sino que el Padre nos ha liberado de la autoridad de las tinieblas. Satanás y sus emisarios son «los gobernadores del mundo de las tinieblas» (Efe. 6:12). Cegado por Satanás, el mundo, a pesar de toda su civilización, descubrimientos e inventos, está en «tinieblas» o ignorancia de Dios. El cristiano ha sido liberado de la autoridad de las tinieblas y puesto bajo otra autoridad, la de Aquel que ocupa el gran y glorioso lugar y la relación con Dios como «el Hijo de su amor».

En adelante, Cristo se manifestará en la tierra durante su reinado como el Hijo del hombre. Pero esta gloriosa Persona bajo cuyo dominio nos encontramos es aquella de la que el Padre puede decir: «Este es mi Hijo, el elegido, oídle a él» (Lucas 9:35). Al venir bajo el dominio del «Hijo de su amor» venimos bajo Uno que, no solo

puede resguardarnos de todo daño, y proveer para toda necesidad, sino que puede satisfacer el corazón con su amor infalible. No solo somos hechos aptos para la luz –la luz de Dios– sino que venimos bajo el dominio del amor –el amor del Padre revelado en el Hijo.

#### 2.3.6 - Versículo 14

En tercer lugar, se nos recuerda el justo terreno en el que hemos sido hechos aptos para la luz, y trasladados al reino del amor. Por la obra de Cristo en la cruz, se ha quitado todo lo que se interponía entre nosotros y la bendición, de modo que podemos decir: «En quien tenemos la redención, el perdón de nuestros pecados».

En estos versículos, 12-14, el apóstol ya no está dando gracias por las cualidades que se encuentran en los santos de Colosas, como en los versículos 4 y 5, sino que expresa su agradecimiento al Padre por las bendiciones que son la porción común de todos los creyentes. Así, dice: «nos hizo aptos», «nos liberó», «nos trasladó»; y de nuevo, «tenemos la redención». Hemos tenido la oración del apóstol al Padre por nuestro caminar, y crecimiento espiritual; aquí da gracias por las bendiciones en las que somos puestos por la gracia. Estas bendiciones no son un asunto de oración sino un tema de alabanza, y exponen la posición y las relaciones en las que el creyente es puesto por la gracia del Padre a través de la obra de Cristo. Siendo la posición y las relaciones el resultado de la obra de Cristo, deben ser tan perfectas como esa obra. Podemos crecer en la aprehensión de ellas, pero en las bendiciones mismas no puede haber crecimiento.

Aprehender esto es de la más profunda importancia, pues toda conducta cristiana apropiada, todo servicio, todo testimonio al mundo, fluye del verdadero conocimiento de nuestras relaciones establecidas con Dios. Si esto no se sostiene firmemente, el alma sincera buscará caminar bien para asegurar la relación, cayendo así en la legalidad. La obra de Cristo asegura la bendición, aunque el disfrute de la misma dependerá en gran medida de nuestra conducta.

## 3 - Cristo, la obra de Cristo y el misterio (Col. 1:15-29)

Los santos de Colosas corrían el peligro de ser apartados de Cristo por la filosofía y el vano engaño, perdiendo así la conciencia de la plenitud de sus recursos en

Cristo la Cabeza, así como la verdadera relación de la Asamblea con Cristo como su Cuerpo. Para hacer frente a estas insidias, el Espíritu de Dios, en esta parte de la epístola, trata de atraer nuestros corazones a Cristo desplegando **1)** las glorias de su Persona, **2)** la grandeza de su obra y **3)** la gloria del misterio.

### **3.1 - Las glorias de la Persona de Cristo (Col. 1:15-19)**

#### **3.1.1 - Versículos 15-17**

Ya el apóstol nos ha presentado al Hijo en relación con el Padre, como Aquel bajo cuyo dominio han sido puestos los creyentes; ahora nos presenta las glorias del Hijo en relación con Dios. Él es la imagen del Dios invisible. En su Deidad esencial Dios es invisible; pero en su ser moral Dios se ha dado a conocer perfectamente en el Hijo hecho carne. «El Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18). Solo una Persona Divina es adecuada para revelar plenamente a otra Persona Divina. No fue hasta que el Hijo se hizo carne en el mundo que se pudo declarar el corazón del Padre.

La Escritura habla de «imagen» y « semejanza »; la diferencia es que la semejanza es ser como otro – tener los mismos rasgos y características –; « imagen » da la idea de representar a otro, sea parecido o no. Dios dijo: « Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforma a nuestra semejanza » (Gén. 1:26). Adán era como Dios, en el sentido de que fue hecho sin pecado; también era a imagen de Dios, en el sentido de que representaba a Dios como centro de un sistema sobre el que debía tener dominio. Se sigue diciendo que el hombre es « imagen... de Dios » (1 Cor. 11:7), aunque, como caído, es muy diferente a Dios. Nunca se dice que el Hijo sea a semejanza del Dios invisible, pues es Dios, y decir que es semejante a Dios podría implicar que no es realmente Dios. Sin embargo, el Hijo es « la imagen del Dios invisible », y uno que, en su propia Persona, representa perfectamente a Dios en su carácter y atributos morales, ante todo el universo.

En segundo lugar, pasan ante nosotros las glorias del Hijo en relación con todo el universo creado. Habiendo entrado en la Creación, el Hijo es « el primogénito de toda creación ». La palabra « primogénito » se utiliza a menudo en las Escrituras, como con nosotros mismos, para significar la prioridad en el tiempo: el que llega primero. La Escritura también utiliza la palabra para significar preeminencia y dignidad. Dios habla de Efraín como « mi primogénito », aunque, históricamente, Manasés fue el hijo primogénito de José (Jer. 31:9). De nuevo se dice de David: « Lo pondré por

primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra» (Sal. 89:27). Aquí la palabra se utiliza para expresar la preeminencia de David sobre los reyes de la tierra, y por tanto una figura de Cristo. Si el hijo entra en la Creación debe tener necesariamente preeminencia en posición y dignidad sobre todo ser creado, y, en este sentido, se le llama «el primogénito de toda creación».

Además, se nos dice por qué el Hijo tiene así el lugar supremo como Primogénito. «Porque en él fueron creadas todas las cosas», ya sea en el cielo o en la tierra; ya sea que se vean o estén más allá de los límites de nuestra visión; ya sea que se trate de poderes materiales o espirituales. Además, no solo todas las cosas fueron creadas por él, sino que también fueron creadas «para él», como igualmente para el Padre. Entonces estamos más protegidos contra los pensamientos infieles de los hombres que pueden profesar creer en la preeminencia del Señor sobre la Creación, y sin embargo decir que él mismo tuvo un principio; porque se nos dice definitivamente: «Él es antes de todas las cosas». Esta afirmación nos habla en términos inequívocos de la gloria divina y eterna del Hijo. Se nos transporta a un tiempo en el que no había nada creado que haya sido creado, para aprender no simplemente “él era”, sino «él es». Estas son palabras que, aunque prohíben el pensamiento de que “él comenzó” o que “él fue hecho”, nos hablan claramente de su existencia eterna como Hijo. Por último, en relación con la creación se nos dice: «Todas las cosas subsisten en él». No solo las cosas creadas subsisten, sino que «subsisten en él». La vasta Creación es sostenida por el Hijo en todas sus diversas partes como un todo armonioso. Los hombres usarían lo que hablan de las leyes de la naturaleza para encerrar al Creador en su universo; pero aparte del poder sustentador del Hijo todo se disolvería en la ruina. Sin duda hay leyes por las que Dios mantiene el universo, pues Dios es un Dios de paz, y posiblemente en medio de todas las especulaciones cambiantes de los hombres pueden haber descubierto parcialmente algunas de estas leyes. Pero podemos preguntar si la gravedad es una de estas leyes, por la cual la tierra se mantiene en su órbita alrededor del sol: ¿Quién es el que sostiene la gravedad? La Escritura responde: «Todas las cosas subsisten en él».

Así, al entrar en la Creación, el Hijo ocupa el lugar de la supremacía como primogénito, pues todas las cosas fueron creadas por él y para él, y él es antes que todo, y por él todas las cosas subsisten.

### 3.1.2 - Versículos 18-19

En tercer lugar, se nos presentan las glorias del Hijo en relación con la Asamblea. «Él es la cabeza del cuerpo, de la iglesia». Aquí somos llevados en pensamiento más allá de la tierra, y más allá de la muerte. Para ser la Cabeza de la Iglesia no basta con que el Hijo venga a la Creación y ocupe su lugar como preeminente en el mundo que sus manos han hecho; debe ir más allá, incluso a la muerte, y convertirse en preeminente en la resurrección, para así convertirse en el comienzo de una nueva creación más allá del poder de la muerte. En esta nueva escena él asocia a sí mismo su Asamblea.

Existe, como hemos visto, la preeminencia que le corresponde en la creación en razón de lo que él es: existe también la preeminencia que ha adquirido en razón de la obra que ha realizado. Así, en todas las cosas él tiene la preeminencia: «Porque, en él, toda la plenitud se complació en habitar». Muy benditamente él reveló al Padre; pero hizo más. Reveló la Divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pues en él habitó la «plenitud».

## 3.2 - Las glorias de la obra de Cristo (Col. 1:20-23)

### 3.2.1 - Versículo 20

Habiendo presentado las glorias de la Persona del Hijo, el apóstol pasa a hablar de las glorias de su obra. Así como la gloria de su Persona se presenta primero en relación con la Creación, y luego en relación con la asamblea, la gloria de su obra tiene este doble aspecto. Primero se ve su obra en relación con la Creación (v. 20), luego como afecta a los que forman la Asamblea (v. 21-22).

Toda la Creación se ha visto afectada por la caída. El pecado ha contaminado todo el universo; y una creación contaminada es inadecuada para Dios. Así leemos en otra Escritura: «Toda la creación gime a una, y a una sufre dolores de parto hasta ahora» (Rom. 8:22). Es el buen deseo de Dios reconciliar todas las cosas con la Divinidad, de modo que estando todo de acuerdo con su pensamiento, por fin contemplará el vasto universo con complaciente deleite.

Para eliminar el dolor y la discordia de la creación no bastaba con que el Hijo se encarnara. Debe entrar en la muerte. Solo puede ser «por medio de la sangre de su cruz» que una creación arruinada pueda reconciliarse con Dios. La sangre ha sido

derramada, y puesta sobre el propiciatorio, y así se ha hecho la paz ante Dios. ¿De qué otra manera podría Dios haber soportado con justicia una creación mancillada desde la caída? No obstante, esperamos ver la plena aplicación de esta obra a la Creación.

### 3.2.2 - Versículo 21

Sin embargo, aparte de las cosas creadas están los que forman la Asamblea. Las cosas creadas dan testimonio del carácter contaminante del pecado; las personas también están alienadas en sus mentes por las obras perversas. En mayor contraste con las cosas creadas aprendemos que los creyentes ya están reconciliados. La obra de Cristo no solo ha eliminado nuestros pecados, sino que nos ha llevado a una condición ante Dios en la que él puede vernos con complacencia, como «sin mancha e irreprochables». Así es como nos ve la Divinidad, como en Cristo. Desgraciadamente, en nuestros caminos prácticos estamos demasiado a menudo lejos de ser irreprochables e intachables.

### 3.2.3 - Versículo 23

La verdad de la reconciliación supone que somos verdaderos creyentes... Una realidad que se demuestra al continuar en la fe. El apóstol habla, no de la fe del individuo, sino de la fe común, la que creía la verdad revelada. Si un hombre que ha profesado la verdad abandona la fe común, no podemos pronunciarnos absolutamente sobre la fe individual de su alma. Sin embargo, podemos juzgar de la fe que posee, en cuanto a si es la verdad o no. Alguien ha dicho: “Una persona puede ser sincera en lo que está mal, o insincera en lo que está bien; pero la verdad es una norma inflexible. Si uno juzgara sobre el terreno del corazón de un individuo, nunca podría hablar en absoluto; porque de eso ¿quién puede pronunciarse sino Dios? Si se actúa sobre el terreno de la fe, en el momento en que un hombre va en contra de la verdad, renunciando a lo que profesa, estamos obligados a juzgarlo dejando la cuestión de la fe de su corazón en manos de Dios”.

Como los colosenses estaban en peligro de apartarse de la verdad, se les da la advertencia de que continúen. Si abandonan la verdad nadie tendría derecho a considerarlos como parte de los que han sido reconciliados. De ahí la advertencia de no apartarse de la esperanza del evangelio. La esperanza del evangelio está en el cielo, en contraste con las esperanzas de Israel que están en la tierra. Había quienes in-

tentaban desviar a estos santos de sus esperanzas celestiales mediante la adopción del ascetismo, las fiestas y las ordenanzas, que los relacionaban con la tierra. Tal enseñanza no estaba de acuerdo con el evangelio que habían escuchado, y del cual Pablo había sido hecho ministro.

### **3.3 - La gloria del misterio (Col. 1:24-29)**

Habiendo presentado la gloria de la Persona de Cristo y la gloria de su obra, el apóstol completa ahora la verdad presentando la gloria del misterio. La gloria y la preeminencia de la Persona de Cristo han sido presentadas primero en relación con la Creación, y luego en relación con la Asamblea. La gloria de su obra también ha sido presentada en relación con estas dos esferas la Creación y la Asamblea. Ahora el apóstol presenta el ministerio de la verdad en este doble aspecto: primero, el ministerio del evangelio a «toda la creación bajo el cielo»; segundo, el ministerio del misterio a los santos.

#### **3.3.1 - Versículo 24**

El ministerio de la verdad del misterio había llevado al apóstol a la cárcel; y en relación con esta gran verdad, llenó lo que quedaba atrás de las aflicciones de Cristo, y completó la Palabra de Dios. La verdad de la Asamblea, más que cualquier otra verdad, expuso al apóstol a la persecución y al sufrimiento, especialmente de los judíos. La verdad, que dejaba de lado la religión del judío y la filosofía del gentil – que no respetaba la carne en ninguno de los dos, y proclamaba la gracia para todos– era aborrecible para ambos. Este odio encontró su expresión en la persecución y la prisión.

Cristo, en su gran amor, había sufrido por la Iglesia en la cruz. El apóstol, en su amor por la Asamblea había sufrido por proclamar la verdad del misterio. Por muy grandes y perfectos que fueran los sufrimientos expiatorios de Cristo, no era parte de su servicio de amor proclamar públicamente la verdad del misterio. Esto esperaba su nuevo lugar en la gloria, y la venida del Espíritu. Entonces el apóstol retoma este servicio de amor, con los sufrimientos que conlleva, y completa así lo que queda atrás de los sufrimientos de Cristo.

### 3.3.2 - Versículo 25

Además, la verdad del misterio completa el gran círculo de temas comprendidos en la Palabra de Dios. Esto excluye por completo cualquier otro tema que los hombres pretendan introducir como verdad o desarrollo de la verdad. J. N. Darby ha dicho: “El círculo de verdades que Dios tenía que tratar, para revelarnos la gloria de Cristo y darnos una instrucción completa según su sabiduría, está completo, cuando se revela la doctrina de la Asamblea”.

### 3.3.3 - Versículo 26

Esta gran verdad –la Asamblea compuesta por creyentes tomados de judíos y gentiles y formados en un solo Cuerpo, unidos a Cristo como Hombre glorificado, para formar una compañía celestial– había estado oculta desde hace siglos y generaciones. Fue desconocida a través de todas las dispensaciones pasadas, y no fue revelada a las generaciones del pueblo de Dios, ni siquiera a las huestes angélicas. Cuando Dios trataba con los judíos y los gentiles como tales, ¿cómo podría revelarse una verdad que deja de lado a ambos para formar una compañía nueva y celestial?

### 3.3.4 - Versículo 27

Ahora se manifiesta a los santos, a quienes Dios quiere dar a conocer no solo el misterio, o la gloria del misterio, sino «la riqueza de la gloria de este misterio». El apóstol, escribiendo a los que fueron llamados de entre los gentiles, insiste especialmente en que se dé a conocer entre los gentiles, y luego enfatiza el lado de la verdad, tan necesario para estos creyentes gentiles, que el misterio involucra la gran verdad «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria».

Es cierto que el misterio también implica la gran verdad de que los santos están representados en Cristo, la Cabeza (comp. con [Efe. 3:6, 11](#)), pero la verdad de que Cristo mora en los corazones de los santos, y de que su carácter ha de verse en ellos, era la verdad que más necesitaban los santos de Colosas para afrontar sus peligros. Esta gran verdad es la esperanza de la gloria, donde Cristo se mostrará tan perfectamente en los suyos, como leemos: Vendrá «para ser glorificado en sus santos, y para ser, en ese día, admirado en todos los que creyeron» ([2 Tes. 1:10](#)). Es importante mantener claramente ante nuestras almas los dos grandes aspectos del misterio, tal como se despliega en las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses. En

primer lugar, es el propósito de Dios que en la Iglesia haya una compañía de santos en el cielo que compartan la exaltación y aceptación de Cristo, la Cabeza. Esto se desarrolla en la Epístola a los Efesios (Efe. 2:6; 3). En segundo lugar, es el propósito de Dios que el carácter y la belleza moral de Cristo, la Cabeza, se muestren en la Iglesia, su Cuerpo, ahora en la tierra, así como en la gloria venidera. Esta es la gran verdad desarrollada en la Epístola a los Colosenses (Col. 1:26-27).

### 3.3.5 - Versículos 28-29

Mientras tanto, Pablo predicaba a Cristo, advertía y enseñaba a todo hombre, con el fin de que cada santo pudiera reflejar a Cristo y ser así «perfecto en Cristo», expresión que implica un cristiano plenamente desarrollado.

## 4 - Las trampas que acechan a la Asamblea (Col. 2:1-19)

En el primer capítulo el apóstol había desplegado las glorias de Cristo, y se refirió a la gloria del misterio de Cristo en los santos: «La esperanza de la gloria». Estos son los dos grandes temas de la epístola: en primer lugar, la plenitud de nuestros recursos en Cristo, la Cabeza de la Iglesia; en segundo lugar, Cristo en los santos, realmente en el próximo día de gloria, y moralmente en su paso por el tiempo.

En el segundo capítulo el apóstol nos da advertencias e instrucciones. Nos advierte contra las distintas formas en que el diablo trata de apartar a los santos de Cristo (y al hombre, la expresión de Cristo en los santos). Nos instruye en cuanto a la provisión que Dios ha hecho para que, por un lado, seamos preservados de estas asechanzas y, por otro, expresemos a Cristo en nuestras vidas.

### 4.1 - Los ejercicios de alma del apóstol (Col. 2:1-3)

Los versículos introductorios nos revelan los ejercicios del alma del apóstol. Él vio claramente que el enemigo estaba tratando de apartar a las asambleas de Colosas y Laodicea de Cristo, y que a menos que se establecieran en la gran verdad del misterio de Dios, se dejarían llevar por estas malas artimañas.

Es instructivo notar el carácter de sus ejercicios. En primer lugar, estaba profundamente ansioso de que los santos se encontraran en una condición espiritual correcta. En lugar de estar deprimidos por los ataques del enemigo, desea que sean consolados, o “animados”. En lugar de ser arrojados a la lucha y a la contención por las artimañas de los hombres, él desea que puedan presentar un frente unido al enemigo al estar «unidos en amor». Sería muy difícil para el enemigo ganar terreno en una compañía de santos que estuvieran unidos en el amor.

Además, está ansioso por esta correcta condición espiritual, no simplemente como teniendo en vista el servicio cristiano, por muy importante que sea, sino, para que puedan tener una verdadera comprensión de la verdad espiritual. Solo en la medida en que la Asamblea esté en una condición correcta –unida en el amor– podrá crecer en el conocimiento de la verdad. Evidentemente, aunque había muchas cosas en la asamblea en Colosas por las que el apóstol puede dar gracias, eran defectuosos en la verdad del misterio de Dios, y por ello corrían el peligro de dejarse llevar por las palabras seductoras de los hombres. Por eso, el apóstol deseaba que los creyentes entraran en las riquezas de la verdad del misterio; que tuvieran la plena seguridad de entendimiento que proviene del pleno conocimiento del misterio de Dios. Esta gran verdad dice a los creyentes que son sacados de los judíos y de los gentiles para ser unidos unos a otros y a Cristo en la gloria por el Espíritu, formando así una nueva compañía que está más allá del alcance de la muerte, por encima del poder del enemigo, que está en el mundo, pero no es de él; que pasa por el tiempo, pero pertenece a la eternidad; que está formada en la tierra, pero destinada al cielo. Los hombres, con su ciencia y filosofía, pueden reclamar alturas de sabiduría y conocimiento, pero en el misterio de Dios se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento.

Además, el apóstol desea que los santos se adentren en la verdad del misterio para que puedan escapar de las asechanzas del enemigo, pues añade inmediatamente: «Digo esto para que nadie os engañe». Así, él desea una condición espiritual correcta para que podamos comprender la verdad espiritual del misterio, y escapar de la maldad espiritual.

Después de haber expresado los profundos ejercicios de su corazón, el apóstol pasa a exponer las diferentes artimañas del enemigo y a instruirnos sobre cómo escapar de ser seducidos y apartados de Cristo. Hay cuatro grandes peligros contra los que se nos advierte: en primer lugar, las palabras seductoras (v. 4); en segundo lugar, el racionalismo (v. 8); en tercer lugar, el ritualismo (v. 16); y finalmente, la superstición (v. 18).

Se notará que ninguno de estos males son las cosas groseras del mundo, sino más bien cosas que apelan al intelecto y al lado religioso de la naturaleza del hombre, por lo tanto, cosas que son una trampa especial para el cristiano.

## **4.2 - Las palabras seductoras (Col. 2:4-7)**

### **4.2.1 - Versículo 4**

La primera advertencia es «para que nadie os engañe con palabras persuasivas». Esta es una advertencia contra el error presentado en forma atractiva con la ayuda de la elocuencia humana, o por ser presentado en términos cristianos mezclados con una medida de verdad. Nunca fue más necesaria esta advertencia que en nuestros días, cuando el mundo está inundado de libros religiosos populares, que contienen el error más mortífero, expresado en un lenguaje selecto, escondido bajo sentimientos atractivos, y presentado con un barniz de cristianismo.

### **4.2.2 - Versículo 5**

El apóstol estaba más preocupado por los santos de Colosas en la medida en que podía alegrarse por ellos, viendo que eran una compañía ordenada, firme en su fe en Cristo. Sin embargo, consideraba que, si no entraban en el conocimiento del misterio de Dios, no podrían resistir las artimañas del enemigo. Si bien admitimos con gusto que, como pecadores, somos salvos por la gracia, tenemos que admitir cuán lentos somos para reconocer la gran verdad adicional de que, como santos, estamos unidos a Cristo en el cielo, quien es la Cabeza del Cuerpo, la Iglesia, y el centro de esa vasta nueva creación según los consejos eternos de Dios.

Conociendo solo la gracia de Dios que trae la salvación, y no entrando en los consejos de Dios para la gloria de Cristo y la bendición de los santos, la inmensa mayoría de los cristianos han caído deplorablemente en las trampas de las que habla el apóstol.

### **4.2.3 - Versículo 6**

Por mucho que las palabras seductoras de los hombres parezcan abrir ante nosotros un panorama de mayor bendición, conocimiento más profundo y mayor utilidad, el

efecto sería alejar a las almas de Cristo. Por lo tanto, el apóstol dirige de inmediato nuestros pensamientos a Cristo. Nos exhorta a que, habiendo recibido a Cristo como nuestro Salvador y Señor, caminemos «en él». Debemos caminar en dependencia de él, guiados y guardados de toda trampa por la gracia y la sabiduría que hay en él.

#### 4.2.4 - Versículo 7

Además, si estamos arraigados en él como la fuente de toda nuestra bendición, busquemos ser edificados y establecidos en nuestras almas en la verdad en él, y así asegurados o confirmados en la fe. Esta confirmación en la fe es el resultado de mantenernos en la verdad tal como se nos ha enseñado en las enseñanzas apostólicas. Lo que se nos ha enseñado en las Escrituras no debe sostenerse a medias. Debemos procurar abundar en la verdad con acción de gracias.

¡Ay! Con demasiada frecuencia los santos muestran lo poco que están confirmados en la fe, tal como se les ha enseñado en los escritos apostólicos, al abandonar a la ligera, bajo las tentadoras palabras de algún líder, todo lo que han profesado creer. Qué necesaria es la advertencia: “No sea que algún hombre”, sea cual sea su don o sinceridad, «os engañe con palabras persuasivas». Cualquier cosa que oigamos, venga de quien venga, solo estamos seguros si la probamos por «la fe», tal como se nos ha «enseñado» en la Palabra de Dios.

### 4.3 - El racionalismo (Col. 2:8-15)

#### 4.3.1 - Versículo 8

En el octavo versículo el apóstol nos advierte contra una segunda gran trampa: la del racionalismo, o el esfuerzo por explicar todas las cosas mediante la razón humana para excluir la revelación. El apóstol dice: «Mirad que nadie os lleve cautivos por medio de la vana y engañosa filosofía». La filosofía es el amor a la sabiduría, pero la sabiduría de los hombres por la que el hombre trata de buscar y explicar todas las cosas bajo el sol. Ay, la sabiduría humana deja de lado a Dios y conduce al “vano engaño”, como la evolución, que desearía tener un universo sin Dios, y el modernismo que tendría una forma de cristianismo sin el Cristo de Dios y la enseñanza de la Biblia.

El apóstol se enfrenta a esta trampa de la filosofía con una triple condena. En primer lugar, dice, es «conforme a la tradición de los hombres», en lugar de la revelación de Dios. Por esta razón, excluye la fe. La enseñanza de los hombres nunca es fe. Recibir declaraciones porque los hombres las hacen, incluso si las declaraciones son verdaderas, no es fe. “La fe es la recepción de un testimonio divino por el alma” (J.N. Darby).

En segundo lugar, la filosofía es según los elementos del mundo, y por lo tanto puede ser apreciada por el mundo. Al ser apreciada por el mundo, deja a sus votantes en el mundo. En contraste con la filosofía, el cristianismo llama a un pueblo fuera del mundo para el cielo.

En tercer lugar, la filosofía que no es «según Cristo». Conduce a la especulación: nunca conduce a Cristo. Por esta razón, aparte de cualquier otra consideración, la filosofía es condenada por el cristianismo, que está marcado por la fe, saca a la gente del mundo y la reúne con Cristo.

#### 4.3.2 - Versículo 9

Habiéndonos advertido de esta trampa, el apóstol nos presenta de inmediato las grandes verdades positivas que nos preservarían de ser desviados por la vacuidad de la sabiduría humana. En primer lugar, nos dirige a Cristo: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». En lugar de las nebulosas especulaciones de los hombres, tenemos a Dios perfectamente revelado en toda su plenitud en Cristo. No hay un solo atributo de la Divinidad que falte en Cristo. Además, está en él «corporalmente». Cristo ha tomado un cuerpo y se ha manifestado en carne, para que la plenitud de la Divinidad pueda ser presentada de una manera que pueda ser conocida por el más simple de los hombres. Puede que se requiera un intelecto gigantesco para entender incluso los términos en los que la filosofía se esfuerza por expresar sus especulaciones; los simples pescadores de Galilea pueden ver la plenitud de Dios en Cristo, y así entrar en verdades que están fuera de la comprensión del mayor intelecto natural. Uno ha dicho: “Para la fe que vio a través del velo de su humillación cuando estaba aquí, no hubo un rasgo en su carácter, un acto en su conducta, o una expresión del sentimiento de su corazón que se dirigiera a la miseria que le rodeaba, que no fuera la revelación de la Divinidad” (J.N. Darby).

### 4.3.3 - Versículo 10

En segundo lugar, el apóstol dice: «Estáis completos en él, quien es la cabeza de toda autoridad y potestad». No solo Dios se nos revela plenamente en Cristo, sino que los creyentes son presentados plenamente ante Dios en él. Toda la bendición que Dios se ha propuesto para los creyentes, y que la obra de Cristo ha asegurado para los creyentes, está expuesta en Cristo, él mismo, en su lugar en la gloria por encima de todo principado y poder. Nuestra porción y posición, como se establece en Cristo, es completa. Toda la filosofía, y la enseñanza de los hombres nada pueden añadir a la plenitud de la Divinidad revelada en Cristo, o a la plenitud de la porción del creyente como se establece en Cristo.

¿Cuál es la justicia que tenemos? Se ve en Cristo que es una adecuación a la naturaleza santa de Dios tan completa que nos hace aptos para ser partícipes de la porción de los santos en la luz, así como Cristo está en la luz. ¿Cuál es la vida que tenemos? Cristo en la gloria es nuestra vida: está expuesta en él. ¿Cuál es la relación a la que somos llevados? Está expuesta en Cristo; su Padre es nuestro Padre, y su Dios nuestro Dios. ¿Cuál es la gloria que se nos asegura al final de nuestro viaje? Está expuesta en Cristo. La gloria que él tiene como Hombre nos ha sido dada. Estamos completos en él.

### 4.3.4 - Versículo 11

Habiendo afirmado la gran verdad de la plenitud de nuestra bendición, tal como se expone en Cristo, el apóstol procede a mostrar la forma en que Dios ha obrado para encontrar y liberar al creyente de todo mal interior y de todo enemigo exterior, a fin de llevarnos a este maravilloso lugar de bendición en Cristo. Pasa ante nosotros esta gran obra de Dios refiriéndose a la circuncisión, la sepultura, la resurrección y la vivificación.

La circuncisión, o el corte de la carne, nos dice que, en la muerte de Cristo, la carne, con todo su mal, ha sido desechada a los ojos de Dios. Esto es algo que ha sido hecho por Dios sin la intervención del hombre. No se trata de la consecución de la experiencia cristiana, aunque seguramente tenía que ser realizada e implica la experiencia en su cumplimiento por parte del creyente. Porque si reconocemos que la carne ha sido tratada y condenada en la Cruz, debe ser una cosa establecida con nosotros que la carne no debe gobernar en nuestras vidas.

#### 4.3.5 - Versículo 12

De la circuncisión el apóstol pasa a hablar del bautismo exponiendo la gran verdad de que hemos sido sepultados con Cristo para que el «viejo hombre» se pierda de vista. Establece la separación total del «viejo hombre», esa vida, con todas las características, que nos marcaba como hombres naturales. Abraham dice: Deja que «sepulte mi muerta de delante de mí» (Gén. 23:4). Lo que está muerto debe estar fuera de la vista. Si somos fieles a nuestro bautismo, sería difícil para el mundo, o para los santos, decir qué clase de hombres éramos antes de nuestra conversión. El «viejo hombre» que ha sido crucificado con Cristo estaría fuera de la vista. En el capítulo 1 se nos exhorta a «andar como es digno del Señor, con el fin de agradarle en todo». Debemos caminar a la vista del Señor buscando su aprobación, no buscando ser prominentes ante los hombres o solicitando la aprobación del mundo, manteniéndonos así fuera de la vista, debemos convertirnos en verdaderos testigos de Cristo.

Del bautismo el apóstol pasa a referirse a la resurrección. El bautismo nos separa del mundo y del hombre que vivía en el mundo; la resurrección nos lleva a la luz de otro mundo. Dios ha resucitado a Cristo de entre los muertos, y por la fe sabemos que somos hechos compañeros de Cristo resucitado y que, si el mundo está cerrado detrás de nosotros, el cielo está abierto ante nosotros (Col. 3:1-4).

#### 4.3.6 - Versículos 13-15

Además, los creyentes son vivificados. Hay una obra positiva de Dios en el alma por la que los creyentes son vivificados con Cristo en una vida libre de pecado y muerte. El cuerpo aún no es vivificado; para eso esperamos; pero tenemos una vida que nos permite disfrutar de las cosas de arriba y caminar en comunión con Cristo en nuestro camino al cielo.

Así aprendemos que todo lo que hay en nosotros que impediría que viviéramos la vida de Cristo ha sido tratado. La carne ha sido condenada por la circuncisión de Cristo en la muerte; el viejo hombre ha sido enterrado con él. Las cosas celestiales aparecen por su resurrección, y somos vivificados con una nueva vida que puede entrar y disfrutar de las cosas celestiales.

Además, aprendemos que, no solo el mal interior ha sido tratado, sino que, todo poder opositor exterior ha sido enfrentado. En cuanto a nuestros pecados, han si-

do perdonados. En cuanto a las ordenanzas de la ley, que hacían demandas sobre nosotros que no podíamos cumplir, y requerían una justicia que no podíamos suministrar, somos liberados de ellas por la cruz. Toda fuerza espiritual contra nosotros ha sido vencida.

#### 4.4 - El ritualismo (Col. 2:16-17)

En el siguiente versículo el apóstol nos advierte contra una tercera gran trampa a la que están expuestos los santos: el mal judaizante. En aquel tiempo había quienes pretendían añadir a la vida cristiana la insistencia de las ordenanzas judías en cuanto a lo que se come y se bebe, y la observancia de ciertos días como días santos, como la luna nueva y el sábado. Esta trampa a la que estaban expuestos los santos de Colosas se ha convertido en el ritualismo de nuestros días. Con un versículo es condenado por Dios como un retorno a las sombras de una dispensación pasada. En aquellos días las ordenanzas del judaísmo prefiguraban las realidades sustanciales que solo se encuentran en Cristo. ¡Ay! La cristiandad ha caído en esta trampa; y, al volver a las sombras, ha perdido en gran medida la sustancia.

#### 4.5 - La superstición (Col. 2:18-19)

Finalmente, en los versículos 18 y 19, se nos advierte contra una cuarta trampa: la adoración de los ángeles y la intromisión en cosas que no hemos visto. Esta es la superstición de la carne que ama husmear en lo que no se ve, y se adentra en lo desconocido. Puede tener la apariencia de humildad que está dispuesta a someterse a los seres espirituales; en realidad, solo es la carne complaciendo su propia voluntad. Se ha dicho verdaderamente de los ángeles: “Ellos tienen que ver con nosotros, pero nosotros no con ellos. Nuestro asunto es con Dios”.

El apóstol expone este mal como el orgullo de una mente carnal que pretende penetrar en los secretos del cielo. Además, nos advierte que implica dejar de lado a Cristo, la Cabeza de su Cuerpo. Interponer a los ángeles, o a cualquier otra criatura, ya sea la Virgen o los santos, entre nuestras almas y Cristo es negar nuestra unión directa con Cristo. Él es la Cabeza de todo principado y poder, y como Cabeza del Cuerpo, ministra directamente todo el alimento espiritual a través de la ayuda espiritual suministrada para los miembros del Cuerpo. De este modo se mantiene el crecimiento espiritual del alma y el Cuerpo de Cristo aumenta con el incremen-

to de Dios, al margen del ministerio angélico, que en las Escrituras siempre está relacionado con el cuidado tutelar del cuerpo natural.

El apóstol ha pasado así ante nosotros cuatro trampas diferentes que atraen poco a la carne carnal grosera, pero son muy atractivas para la carne religiosa. Una cosa caracteriza a todas estas insidias: no conducen a Cristo.

El error envuelto en palabras seductoramente seduce a las almas de la firmeza de su fe en Cristo (v. 4-5).

El racionalismo, con su filosofía y vano engaño, según la enseñanza de los hombres, «no según Cristo» (v. 8).

El ritualismo, con sus ritos y fiestas, se ocupa de las sombras y no de Cristo (v. 17).

La superstición, con su intromisión en las cosas invisibles, deja de lado a Cristo, la Cabeza (v. 18-19).

Las palabras tentadoras pueden jugar fácilmente con nuestra ignorancia, el racionalismo puede apelar al intelecto, el ritualismo a las emociones y las supersticiones a la imaginación; pero ninguna de estas cosas revelará a Cristo al alma ni formará a Cristo en nuestras vidas. No conducen a Cristo.

Para hacer frente a todos estos males, y preservarnos de ellos, el apóstol presenta a Cristo. Habiendo recibido a Cristo, él es el poder para nuestro caminar (v. 6); tenemos todo en él (v. 9); estamos identificados con él (v. 11-13); obtenemos todo el alimento de él (v. 19).

## **5 - La muerte y la resurrección del creyente con Cristo (Col. 2:20 al 3:11)**

En la sección anterior de la epístola se nos ha advertido de los peligros especiales a los que está expuesta la Asamblea cristiana. Con el versículo 20 del capítulo 2, pasamos a la parte exhortativa de la epístola en la que se nos exhorta a aplicar, en nuestra vida práctica, las grandes verdades de que como creyentes hemos muerto, y hemos resucitado, con Cristo.

En la aplicación práctica de estas verdades a la vida y al caminar del creyente se encontrará, por un lado, la salvación de los peligros de los que el apóstol ha estado

hablando; y por otro, la preparación para la puesta en escena de Cristo característicamente en los santos, de la que habla en la siguiente división de la epístola (Col. 3:12 al 4:6).

## 5.1 - El efecto práctico de estar muerto con Cristo (Col. 2:20-23)

### 5.1.1 - Versículo 20

Las primeras exhortaciones se basan en la gran verdad de que los creyentes han muerto con Cristo a los elementos del mundo. Las palabras inmediatas del apóstol, así como el tenor general de la epístola, indican claramente que «los elementos del mundo» son las ordenanzas religiosas inventadas por los hombres o tomadas prestadas del judaísmo.

El apóstol ha estado hablando de las diferentes trampas con las que el enemigo trataría de apartar nuestras almas de Cristo. Como hemos visto, estas insidias son todas de carácter religioso e intelectual; por lo tanto, en este pasaje se insiste en el gran hecho de que si hemos muerto con Cristo es, no solo a las cosas groseras del mundo, sino a la religión del mundo. Muy claramente, las declaraciones del apóstol exponen y condenan esta religión mundana.

En primer lugar, muestra que es una forma de religión totalmente adaptada a los hombres que viven «aún en el mundo». La religión del paganismo, del judaísmo corrupto, como también la del cristianismo corrupto, se adapta al mundo, puede ser llevada a cabo por el mundo y deja a los hombres viviendo en el mundo. Así lo condena la Palabra de Dios, pues el cristianismo saca al creyente del mundo por la muerte con Cristo.

En segundo lugar, la religión del mundo es una religión de «decretos», o regulaciones humanas a las que el hombre natural puede someterse. Tales ordenanzas no exigen ninguna obra de Dios en la conciencia o el corazón, y no plantean ninguna cuestión de nuevo nacimiento o conversión. Tales ordenanzas consisten en la abstención de ciertas cosas materiales en ciertos días que los hombres consideran sagrados, como las lunas nuevas y los días de reposo. Se pueden resumir con la fórmula negativa: «No tomes, ni gustes, ni toques».

En tercer lugar, tales ordenanzas ocupan el alma con cosas materiales que parecen con la manipulación. Una religión que consiste solo en la obediencia a tales ordenanzas debe perecer necesariamente cuando las cosas en las que consiste parecen.

La fe pone al creyente en contacto con las cosas espirituales e invisibles que son eternas en los cielos.

En cuarto lugar, se nos dice que esta religión de ordenanzas es «según preceptos y enseñanzas de hombres». No es de la designación de Dios ni está de acuerdo con la enseñanza de las Escrituras.

En quinto lugar, estas ordenanzas de los hombres tienen ciertamente, a los ojos del mundo, una apariencia de sabiduría; pues parece sabio evitar ciertas cosas de las que los hombres pueden abusar y, si se abusa de ellas, son perjudiciales para el cuerpo.

En sexto lugar, estas ordenanzas que conducen al ascetismo, y al «duro trato para el cuerpo», parecerían mostrar una voluntad de adorar a Dios mientras se humilla y se niega a sí mismo, y así parecen excesivamente meritorias a los ojos del hombre natural.

En séptimo lugar, tal religión es totalmente condenada por Dios como sin valor «contra los deseos de la carne». En lugar de dejar de lado la carne como algo sin valor, reconoce la carne y complace su orgullo. Negar al cuerpo ciertos alimentos en ciertos días establecidos, y tratar al cuerpo con dureza, gratifica a la carne con la sensación de haber actuado de manera digna de alabanza.

Así, una religión de confianza en las ordenanzas, aunque apela a un hombre “que vive en el mundo”, es totalmente inconsistente para el creyente que acepta la gran verdad de que ha muerto con Cristo. Para el cual, volver a la religión de las ordenanzas, es prácticamente negar que ha muerto con Cristo, y tomar de nuevo su lugar como viviendo en el mundo.

## **5.2 - El efecto práctico de haber resucitado con Cristo (Col. 3:1-11)**

Habiendo advertido contra la religión del mundo que hemos dejado atrás por la muerte con Cristo, el apóstol exhorta ahora a los creyentes a entrar en las bendiciones positivas que forman la porción de los que han resucitado con Cristo.

Las exhortaciones están relacionadas, en primer lugar, con el nuevo mundo de bendiciones que se abre al creyente (v. 1-2); luego, con la nueva vida (v. 3-7); y, por último, con el nuevo hombre (v. 8-11).

### 5.2.1 - Versículos 1-2

Primero el apóstol habla de la nueva esfera en contraste con la antigua. Está claro que cuando Cristo resucitó de entre los muertos, la muerte ya no tenía dominio sobre él, y el creyente, al haber resucitado con Cristo, está libre de la muerte como pena del pecado. Sin embargo, existe otra gran verdad expuesta en Cristo resucitado, a saber, que se abre para el creyente un nuevo escenario con nuevas relaciones. Como Hombre resucitado, Cristo pudo decir a María: «No me toques, porque todavía no he subido al Padre; pero vete a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17). Después de su resurrección, el mundo no lo vio más, y los suyos no debían conocerlo más según la carne, sino en conexión con el Padre y su nueva posición en el cielo. El creyente, aunque tiene que ver con la vida aquí y sus relaciones mientras pasa por el tiempo, es, como resucitado con Cristo, llevado a nuevas relaciones en conexión con la escena de arriba donde Cristo ha ido.

Se nos exhorta, pues, a buscar «las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios». En este pasaje las cosas de arriba se ponen en contraste con «las de la tierra». Este mundo está ocupado con vastos esquemas mediante los cuales el hombre busca, por su propia voluntad y poder, mejorar la condición del mundo y traer un milenio sin Dios ni Cristo. Mirando hacia arriba, vemos que es el propósito de Dios traer un universo de felicidad a través de Cristo, y del cual Cristo será la Cabeza y el Centro. Dios ha dado la seguridad del cumplimiento de su propósito al exaltar a su propia derecha a Aquel a quien los hombres han crucificado. Cristo en la cruz es el claro testigo del fracaso de todos los planes de los hombres: Cristo en la gloria, a la derecha de Dios, es la señal segura de que Dios cumplirá su propósito. Las cosas de arriba son todas aquellas que dependen de Cristo a la diestra de Dios, y que Dios se ha propuesto para la gloria de Cristo y la bendición del hombre. Es en estas cosas en las que debemos poner nuestra mente y no en las cosas pasajeras de la tierra.

El pasaje indica claramente que arriba hay descanso, donde ya no habrá trabajo, porque Cristo está sentado a la derecha de Dios. Además, hay poder, que puede sostener todo el universo de bienaventuranza, porque Cristo está en el lugar del poder, la mano derecha de Dios. Entonces, ¿no nos dice el Salmo 16 que, a la derecha de Dios, hay plenitud de gozo y placeres para siempre? Puede haber gozo en la tierra, pero la plenitud del gozo está a la derecha de Dios. En la tierra el gozo se agota; en el cielo es pleno. En la tierra los placeres son solo por una temporada; en el cielo son

para siempre. ¿No son estas algunas de las cosas de arriba, en las que se nos exhorta a poner nuestra mente, en lugar de tenerla puesta en las cosas de la tierra? El apóstol no dice las cosas que están en el mundo, sino las cosas que están en la tierra. Las cosas mundanas pueden incluir muchas cosas que son absolutamente malas, y que la mente se detenga en tales cosas sería contaminante. Las cosas terrenales incluyen cosas naturales y relaciones naturales que, en su lugar, no son malas y, sin embargo, si nuestra mente está demasiado ocupada con ellas, estropearán nuestro gusto por las cosas celestiales.

### 5.2.2 - Versículos 3-4

En segundo lugar, el apóstol habla de la nueva vida en contraste con la antigua. En los dos primeros versículos del capítulo se nos abre un escenario completamente nuevo –la esfera de la resurrección– y todo en esa bella escena está fuera del alcance de la muerte. Las cosas de la tierra, aunque sean correctas en sí mismas, están sometidas a la muerte y a las limitaciones del tiempo. El cristiano no solo está puesto en relación con esta nueva escena, sino que posee una nueva vida capaz de disfrutar de las escenas celestiales y de las relaciones eternas. De esta nueva vida habla ahora el apóstol, pues ¿cómo podemos poner nuestra mente en las cosas de arriba sin una vida que pueda apreciar estas cosas?

La vida del mundo consiste en el disfrute de las cosas del mundo, tal como son. Cristo, que es la vida del creyente, está oculto a la mirada del mundo, y por eso el mundo no puede ver la fuente y el manantial de la vida cristiana. Se puede decir que Cristo es esa vida porque, en Cristo en la gloria, vemos el despliegue de la vida del creyente en su propia esfera. Esta vida se manifestará en toda su bendición cuando Cristo aparezca y nosotros aparezcamos con él en gloria. Entonces se verá lo que sostenía la vida del creyente mientras pasaba por el mundo durante la ausencia de Cristo.

### 5.2.3 - Versículos 5-7

Habiendo hablado de la vida cristiana, el apóstol se refiere en contraste a las cosas que forman la vida del mundo. Ya ha dicho que estamos muertos a la religión del mundo; ahora quiere que apliquemos la muerte a las actividades de la carne en nosotros. Debemos cortar aquello en nosotros que nos vincularía con la vida del mundo. Si un ángel pasara por este mundo no estaría contaminado por el mundo; no

hay nada en el ángel que responda a sus seducciones. En nosotros está la carne, una naturaleza que responde rápidamente a las atracciones del mundo y a los placeres del pecado. Por lo tanto, se nos exhorta a cortar y rechazar las diferentes formas en que la carne se manifiesta los deseos, la codicia y la idolatría de la carne. A menos que refrenemos nuestros deseos, estos nos llevarán a perseguir algún objeto particular con un interés tan absorbente que la cosa particular se convierte en un ídolo que deja fuera a Dios.

El cristiano está llamado a mortificar estos miembros de la carne. La carne ha sido tratada en la cruz: el creyente debe tratar con las diferentes formas en que esa carne (que aún está en él) busca manifestarse. Los miembros de los que habla el apóstol en este pasaje difícilmente pueden referirse a los miembros del cuerpo. Tan lejos de mortificar estos miembros de nuestro cuerpo, se nos dice, en [Romanos 6](#), que entreguemos nuestros miembros como instrumentos a Dios. Los miembros aquí parecerían ser todas estas cosas impías por las que la carne se expresa; así como los miembros reales del cuerpo son los instrumentos para el servicio del cuerpo.

Es por la indulgencia de estos miembros de la carne que la ira de Dios vendrá sobre los hijos de la desobediencia. Rechazando la gracia de Dios que apartaría sus pecados, caen bajo la ira de Dios que trata con ellos a causa de sus pecados. En tiempos pasados, estos creyentes habían caminado en estas cosas en las que habían encontrado su vida. En aquellos días su malvado caminar era perfectamente consistente con su vida no regenerada. Ahora, como cristianos, el apóstol nos exhorta a caminar en coherencia con la nueva vida.

#### 5.2.4 - Versículos 8-10

En tercer lugar, de hablar de la nueva vida en contraste con la vieja, el apóstol pasa a hablar del nuevo hombre en contraste con el viejo. Los males de los que se habla en el versículo 8 están relacionados con la mente y el espíritu, más que con el cuerpo. La ira, el enojo, la malicia, la blasfemia y el lenguaje vil, todos suponen la mente obrando de manera malvada; mientras que la lista de pecados del versículo 5 involucra los actos malvados reales conectados con el cuerpo. Aquí no se trata de los actos malos, sino de la forma violenta y corrupta en que la carne se expresa al cometer sus actos malos.

Todas estas cosas deben ser desechadas como formando parte del carácter del viejo hombre con sus actos, y como totalmente inconsistentes con el nuevo hombre. Aquí,

pues, el apóstol traza el contraste entre el viejo hombre y el nuevo. Estas expresiones no se refieren a individuos particulares. Se utilizan para describir diferentes órdenes de hombres, cada uno con ciertas características. En el lenguaje ordinario hablamos de “el hombre negro” y “el hombre blanco”, no en referencia a ningún individuo, sino como describiendo diferentes razas de hombres. Además, la expresión «nuevo hombre» no significa simplemente un hombre nuevo, como cuando hablamos de un hombre nuevo que es designado para ocupar algún puesto; implica un orden de hombres que es nuevo en el sentido de ser totalmente diferente al hombre viejo.

Este hombre nuevo se va «renovando», una palabra que implica que cada día adquiere nuevas fuerzas. Esta fuerza nueva se encuentra en el conocimiento de Aquel que ha creado al hombre nuevo. A medida que crecemos en el conocimiento de Cristo, nos asemejamos a Cristo, Aquel que es la expresión perfecta del nuevo orden del hombre. Cuando Cristo vino al mundo, había bajo la mirada de Dios uno que, moralmente, presentaba un nuevo orden del hombre –un hombre celestial– con nuevas características. La introducción del nuevo orden del hombre convirtió al primer hombre, moralmente, en el viejo hombre.

El nuevo hombre se renueva según la imagen de Aquel que lo creó. Cuanto más tengamos a Cristo ante nosotros –aquel en quien se expresa perfectamente el nuevo hombre–, más nos asemejaremos a Cristo, y así prácticamente nos revestiremos «del nuevo hombre» al exhibir el carácter del nuevo hombre.

### 5.2.5 - Versículo 11

En este nuevo orden del hombre no hay distinciones nacionales, como griego y judío; no hay distinciones religiosas, como circuncisión e incircuncisión, ni hay distinciones sociales entre ignorantes y doctos, esclavos y libres. El viejo hombre puede incluir ciertamente una variedad de hombres, como judíos y gentiles, pero todos marcados por ciertas características malignas. El nuevo hombre es un orden de hombre en el que «Cristo es todo y en todos». Cristo lo es todo como patrón y objeto perfecto; y Cristo está en todo para formar el carácter del nuevo hombre.

Así, en conexión con la resurrección de Cristo, y siendo el creyente resucitado con Cristo, nos es presentada una nueva escena de la esfera de la resurrección en contraste con la tierra (v. 1-2); la nueva vida en contraste con la vieja (v. 3-7); y el nuevo hombre en contraste con el viejo hombre (v. 8-11).

## 6 - Cristo en el creyente (Col. 3:12 al 4:6)

Hemos visto que el gran objetivo de la epístola es presentar las glorias de Cristo, la Cabeza de la Iglesia, para que el carácter de la Cabeza se exprese en su Cuerpo.

Tras exponer la aplicación práctica de las grandes verdades de que los creyentes han muerto y resucitado con Cristo (Col. 20 al 3:11), el apóstol nos exhorta ahora a revestirnos del carácter de Cristo. En la gloria venidera seremos perfectamente como Cristo, en una escena donde cada uno es como Cristo; ahora es el gran privilegio del creyente expresar el carácter de Cristo en un mundo donde los hombres no son como Cristo. Además, este nuevo carácter ha de ser exhibido no solo en algún círculo particular, en alguna ocasión especial, sino en todo círculo en el que el cristiano pueda ser llamado a moverse.

Naturalmente, el apóstol nos presenta primero la expresión del carácter de Cristo en el círculo cristiano (v. 12-17); luego en el círculo familiar (v. 18-21); después en el círculo social (v. 22 al 4:1); y finalmente el carácter de Cristo debe expresarse hacia los que están fuera (4:2-6).

### 6.1 - Cristo manifestado en el círculo cristiano (Col. 3:12-17)

#### 6.1.1 - Versículo 12

El apóstol basa todas sus exhortaciones en la maravillosa posición en que se encuentra el creyente ante Dios. Somos «escogidos de Dios, santos y amados». Como «escogidos», fuimos elegidos «antes de la fundación del mundo» para la bendición celestial según el propósito de Dios. Como «santos», somos apartados por Dios de este mundo presente; como «amados», somos cuidados por Dios en cada paso de nuestro viaje por este mundo (Efe. 1:4; Juan 17:6, 11).

Nuestro caminar y práctica nunca podrían asegurar este lugar de privilegio ante Dios. Nuestra posición en la bendición es totalmente el resultado de la gracia de Dios que nos ha alcanzado a través de Cristo. Sin embargo, mientras que el caminar no puede asegurar la posición de privilegio, la posición seguramente debe gobernar nuestro caminar.

¿No exponen estas bendiciones la posición de Cristo cuando estaba en este mundo?  
¿No era él el elegido de Dios, el elegido de entre el pueblo en un sentido muy espe-

cial? Así, también, él era, en el sentido más absoluto, el Santo; y, en dos ocasiones, la voz del cielo dijo: «Este es mi amado Hijo» (Mat. 3:17; 17:5). Si por gracia somos llevados a la misma posición, debe seguirse que debemos caminar como él caminó, y exhibir su carácter.

Es notable que, en las oraciones, la enseñanza y las exhortaciones de esta epístola hay poca o ninguna referencia a los dones especiales, y al ejercicio del ministerio público en el servicio del Señor. Tales temas, de profunda importancia, tienen su lugar en otras epístolas; aquí es lo que tiene una importancia aún más profunda –la vida espiritual y el carácter del cristiano– el gran tema. Lo que somos, es de mucha mayor importancia que lo que hacemos. Somos propensos a valorarnos por nuestro celo y actividad ante los hombres, más que por nuestra vida espiritual y carácter ante Dios. Si un creyente tiene dones y habilidades, es comparativamente fácil ser celoso y activo en público: se requiere mayor gracia para vivir a Cristo en la tranquilidad, y comparativamente en la privacidad, de la vida cotidiana. Ser un trabajador enérgico entre el pueblo del Señor, o en el mundo, puede dar más espectáculo; pero ser un hombre espiritual que exhibe el carácter de Cristo en la mansedumbre y la humildad, en la longanimidad y la tolerancia, tendrá más peso y será de mayor valor a los ojos de Dios. El ornamento de un espíritu manso y tranquilo es a los ojos de Dios de gran valor (1 Pe. 3:4). Ser una Marta, con una buena cantidad de actividad bulliciosa, es fácil; ser una María, sentada todavía a los pies de Jesús, exige una espiritualidad mucho más profunda. No es que un creyente tranquilo y espiritual no sea activo en las buenas obras, pero la “vida” precederá a las “obras” y será siempre su primer cuidado. María, que fue elogiada por el Señor por elegir «la buena parte», también fue alabada por su «buena obra». Pero para la carne la “buena parte” viene antes que la “buena obra”.

El resultado de la parte buena que María eligió –sentarse a los pies de Jesús para escuchar su palabra– fue formar en ella el carácter y las gracias de Cristo. Las exhortaciones que siguen exponen muy benditamente este carácter de Cristo, marcado por la gracia (v. 12-13); el amor (v. 14); y la paz (v. 15).

### 6.1.2 - Versículos 12-13

Las siete primeras exhortaciones exponen las diferentes formas en que se expresa la gracia de Cristo. La misericordia es la gracia hacia aquellos que de alguna manera pueden depender de nosotros y están en especial necesidad. La misericordia no implica necesariamente la satisfacción de una necesidad real, ni la concesión de

beneficios a quien depende de nosotros. Se trata más bien de atender a la felicidad y el confort de otros que pueden no estar en una necesidad especial. La humildad se refiere a uno mismo; la mansedumbre se refiere a los demás. La humildad tiene pensamientos bajos, o ningún pensamiento, sobre uno mismo; la mansedumbre da paso a los demás. Estas dos excelentes cualidades están ilustradas por la palabra: «Con humildad, cada uno estime al otro como superior a sí mismo» (Fil. 2:3). El hombre humilde no se da a conocer; el hombre manso considera las cualidades de los demás superiores a las suyas propias.

La longanimidad se refiere más bien a las circunstancias difíciles; el soportarse unos a otros se refiere a las personas difíciles. Hablamos con razón de una persona que muestra una gran tolerancia en presencia de una provocación. Esta provocación puede ser algo general que exija la indulgencia de todos. También puede haber agravios personales, que darían un motivo justo de queja por parte del agraviado. Tales agravios personales exigen el perdón. La medida del perdón ha de ser tal como Cristo nos perdonó.

### 6.1.3 - Versículo 14

Luego leemos: «Sobre todas estas cosas, revestíos del amor». No es, como en nuestra traducción, “Sobre todas estas cosas poned amor”, como si por encima de todas estas cualidades estuviera el «amor» como cualidad aparte. El amor debe añadirse a la misericordia, a la bondad y a todas las demás cualidades. Todas estas benditas actividades del nuevo hombre han de brotar del amor. Si mostramos misericordia, o bondad, o indulgencia, o perdón, debe ser porque amamos a nuestro hermano. El amor es «el vínculo de la perfección» (v. 14). El apóstol está hablando del nuevo orden del hombre en el que solo puede encontrarse la perfección. En el viejo orden, los hombres son odiosos y se odian los unos a los otros; en el nuevo, todos están unidos en los lazos eternos del amor. Uno ha dicho: “Los lazos que se remachan en el amor de Cristo, y en las labores por Cristo, sobreviven a los cambios del tiempo, y atan a la familia de Dios en las mansiones de la eternidad”.

### 6.1.4 - Versículo 15

«Y la paz de Cristo, a la cual fuisteis llamados en un solo cuerpo, gobierne en vuestros corazones». En Cristo vemos el nuevo orden del hombre establecido en la perfección. Bajó del cielo y pudo hablar de sí mismo como «el Hijo del hombre que está

en el cielo» (Juan 3:13). Caminó en medio de la inquietud de la tierra, pero vivió en la calma del cielo. Pasamos por un mundo en el que no hay paz. Políticamente, es un mundo de guerras. Socialmente, comercialmente y religiosamente, todo es inquietud y agitación. El privilegio del cristiano es pasar por él, como Cristo, con la paz y la calma del cielo en su corazón. Cualesquiera que sean las circunstancias por las que pueda ser llamado a pasar, con su mente puesta en las cosas de arriba, se mantendrá en la paz que Cristo disfrutó.

Además, la paz no solo ha de presidir nuestros corazones, sino que ha de disfrutarse en la compañía cristiana, pues para ello hemos sido «llamados en un solo cuerpo». La unidad del Cuerpo requiere la paz entre los miembros si ha de crecer con el incremento de Dios. Además, si hay paz en el corazón, habrá agradecimiento a Dios. Así, si está marcado por la gracia, el amor y la paz, el hermoso carácter de Cristo se reproducirá en su pueblo.

### 6.1.5 - Versículos 16-17

El carácter de Cristo que se encuentra en los santos, tal como se expone en los versículos 12 al 15, prepara para el servicio de Cristo que se despliega en los versículos 16 y 17. En estos versículos el apóstol habla de enseñar, amonestar, cantar, y dar gracias. El significado del versículo 16 está un poco oscurecido en nuestra versión (la versión inglesa “King James”) por una puntuación algo defectuosa. Hay tres exhortaciones distintas. En primer lugar: «La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros»; en segundo lugar: «En toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos unos a otros»; en tercer lugar: «Con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios».

La primera exhortación es individual; cada uno debe instruirse en el pensamiento de Cristo. Luego, teniendo el pensamiento de Cristo en nosotros mismos, debemos enseñarnos y amonestarnos unos a otros. Aquí la exhortación no parece contemplar el ministerio público por parte de alguien especialmente dotado para enseñar; sino enseñar y amonestarnos unos a otros individualmente, como resultado de que cada uno tiene la palabra de Cristo, por haberse sentado a sus pies y haber escuchado su palabra. La tercera exhortación da la actitud adecuada de alabanza a Dios. Si cantamos a Dios debe ser con la gracia en el corazón, no simplemente con la melodía en los labios.

En el versículo 17, pasamos al «hacer». Todo lo que hagamos de palabra o de obra,

debe hacerse en el nombre del Señor Jesús. Qué regla de vida tan sencilla pero tan profunda. Qué hermosa será la vida en la que nunca se diga ni se haga nada, sino lo que conviene a ese bendito y santo Nombre. Cuántas preguntas, que nos desconciertan en la vida diaria, se resolverían de inmediato con esta simple prueba: “¿Puedo hacer, o decir, esto en el nombre del Señor Jesús?”

La exhortación final es: «Dar gracias a Dios Padre por medio de él». En medio de todas las circunstancias debemos dar gracias. El Señor, cuando era rechazado por Israel, podía decir: «Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Mat. 11:25; Lucas 10:21); y Pablo pudo cantar en la cárcel interior, con los pies sujetos al cepo. De estas exhortaciones aprendemos cuán íntimamente están vinculados el carácter de Cristo en los santos y la vida práctica que llevan. El carácter que nos ponemos debe afectar a la vida que vivimos, expresada en nuestras palabras y actos.

## 6.2 - Cristo manifestado en el círculo familiar (Col. 3:18-21)

En los versículos 18 al 21, tenemos exhortaciones prácticas en referencia a las relaciones naturales establecidas por Dios: esposas, maridos, hijos y padres. El cristianismo, aunque introduce en las relaciones por encima de las relaciones de la tierra, no deja de lado las relaciones naturales, mientras estemos todavía en el cuerpo. Fueron instituidas por Dios, sancionadas por el Señor, y deben ser respetadas por el cristiano.

El hombre caído ha abusado de estas relaciones: al cristiano se le instruye sobre cómo mantenerlas según el pensamiento de Dios, para que, en la familia, haya una expresión de las excelencias de Cristo –la sumisión, la obediencia, el amor y la gracia– que marcaron su trayectoria terrenal.

### 6.2.1 - Versículo 18

Se exhorta a las esposas cristianas a que acaten la autoridad de sus maridos mediante la debida sumisión. Esto, en efecto, solo es apropiado para quienes profesan someterse al Señor. Estar sometidas «en el Señor», daría fuerza para llevar a cabo la exhortación, mientras que, al mismo tiempo, evitaría que la sumisión degenerara en cualquier consentimiento del mal.

### 6.2.2 - Versículo 19

Los maridos deben amar a sus esposas y, así, en lugar de dejarse traicionar por cualquier amargura, deben expresar el carácter de Cristo usando la autoridad en el espíritu del amor.

### 6.2.3 - Versículo 20

Los hijos deben obedecer a sus padres en todas las cosas, no simplemente como bien agradables en el círculo familiar, sino como bien agradables en el Señor. Caminando en obediencia exhibirán algo del hermoso carácter de Cristo, quien, en los días de su carne estuvo «sometido» a sus padres (Lucas 2:51).

### 6.2.4 - Versículo 21

Los padres deben cuidarse de no afirmar su autoridad de manera arbitraria, y así alejar el afecto del niño por cualquier castigo injusto; o desanimar al niño por la búsqueda innecesaria de faltas. Deben procurar exhibir esa perfecta sabiduría de Cristo, que sabía cómo corregir a sus discípulos y al mismo tiempo conservar su afecto (Lucas 22:24-30).

Estas exhortaciones suponen el hogar cristiano, donde se mantiene toda la autoridad correcta, pero bajo el Señor, y por lo tanto se ejerce de una manera que es agradable al Señor, en un espíritu de amor.

Nos acercamos a estas exhortaciones especiales al círculo familiar a través de las exhortaciones dirigidas al círculo cristiano. Si estamos bien en el círculo cristiano; si buscamos las cosas de arriba; si mortificamos los miembros de la carne; si prácticamente nos hemos despojado del viejo hombre y nos hemos revestido del nuevo, y estamos así marcados por la gracia, el amor y la paz de Cristo, estaremos preparados para llevar a cabo correctamente las relaciones del círculo familiar.

Sin embargo, la carne sigue estando en nosotros y, por lo tanto, se exhorta a cada uno de manera a que se fortalezca contra aquello en lo que puede fallar. La carne en la mujer puede, a veces, rebelarse contra la autoridad del hombre; por eso se la exhorta a someterse. El hombre puede derrumbarse más fácilmente en el afecto que la mujer; por ello se le exhorta a amar. Los hijos son propensos a hacer su propia voluntad; por ello se les advierte que obedezcan. El padre puede actuar de forma

arbitraria; por eso se le advierte que no provoque a sus hijos.

Qué feliz es el hogar en el que la sumisión de la esposa se rinde en el Señor; donde la autoridad del marido se ejerce en el amor; donde los hijos obedecen para complacer al Señor; y donde el padre actúa con la sabiduría de Cristo.

### **6.3 - Cristo manifestado en el círculo social (Col. 3:22 al 4:4)**

Se notará que las primeras relaciones de las que habla el apóstol son las que tuvieron su existencia en el Jardín del Edén: la esposa y el esposo. Luego llegamos a las relaciones que surgieron después de la caída: los hijos y los padres. Finalmente, llegamos a las relaciones de las que no oímos nada hasta después del diluvio: siervos y amos (Gén. 9:25).

#### **6.3.1 - Colosenses 3:22 al 4:1**

Aparentemente, la existencia de amos y esclavos no estaba contemplada en el orden de la Creación. Siendo así, podría pensarse que el cristianismo ignoraría por completo, si no prohibiría realmente, tales instituciones entre los hombres. Sin embargo, esto no es así: El cristianismo no sanciona ni condena la esclavitud, pues no forma parte de la obra de la gracia “proponerse cambiar el estado del mundo y de la sociedad”. Su gran propósito es llamar a un pueblo del mundo a Cristo, llevándolo a relaciones nuevas y celestiales.

Sin embargo, a los cristianos que se encuentran en estas diferentes posiciones sociales se les instruye sobre cómo actuar para que, mientras estén en ellas, expresen algo del carácter de Cristo.

Los esclavos cristianos deben llevar a cabo su obediencia a sus amos, no ya para congraciarse con sus amos, o como para complacer a ellos mismos o a otros, sino, con un corazón gobernado con el único deseo de complacer a Aquel de quien está escrito: «Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo» (Rom. 15:3). Todo lo que haya que hacer, por muy servicial o molesto que sea, debe hacerse como para el Señor. Así, aunque sea un esclavo del hombre, el esclavo cristiano sirve al Señor, y, sirviendo al Señor, será recompensado por el Señor. En ese día venidero de la recompensa, si no en el presente, se pondrá de manifiesto que con el Señor no hay acepción de personas. El que hace el mal, sea amo o esclavo, recibirá por el mal que ha hecho.

Los amos, pues, deben actuar con sus esclavos en el temor del Señor, sabiendo que tienen un amo en el cielo. Así darán a sus esclavos lo que es justo y equitativo.

### 6.3.2 - Colosenses 4:2-4

Estas exhortaciones especiales a diferentes individuos, se cierran con una exhortación general a la oración que se aplica a todos los santos. El mero hecho de conocer el pensamiento del Señor para cada uno en estas relaciones, no es suficiente. El conocimiento en sí mismo no es poder. Necesitamos mantenernos en la actitud dependiente de la oración, si queremos llevar a la práctica las exhortaciones. Por eso se nos exhorta a perseverar «en la oración, velando en ella con acciones de gracias». Perseverar en la oración implicaría, no solo acudir a Dios por alguna necesidad especial, sino la actitud habitual de dependencia de Dios. El salmista puede decir: «Tarde y mañana y a mediodía oraré» (Sal. 55:17). Cualquiera que sea la dificultad, por muy prolongada que sea la prueba, aunque la respuesta se demore, debemos perseverar «en la oración». La oración ha de ir acompañada de vigilancia y acción de gracias. El Señor advirtió a sus discípulos que velaran y oraran. Es inútil orar en referencia a una tentación particular, o una trampa, si al mismo tiempo no velamos contra ella. La oración sin vigilancia se refiere a la expectativa de una respuesta a la oración, y en este sentido debemos velar por la respuesta.

Exhortar a otros a orar llevó al apóstol a sentir su propia y profunda necesidad de las oraciones del pueblo del Señor. De ahí que pida sus oraciones para que Dios le abra una puerta de expresión; y estando esa puerta abierta, para que pueda desplegar el misterio de Cristo, y hacerlo de manera correcta, como debe «hablar».

## 6.4 - Cristo manifestado a los que están fuera (Col. 4:5-6)

Finalmente, se nos exhorta en cuanto a nuestro caminar y relación con los que están fuera del círculo cristiano. Un andar correcto exigirá sabiduría, y la disposición de aprovechar las oportunidades que se presenten para hablar por el Señor. Nuestro peligro es que tengamos sabiduría, pero nos falte audacia; o que manifestemos gran audacia acompañada de poca sabiduría.

Llevamos un mensaje de gracia, que debe expresarse con palabras de gracia; al mismo tiempo, nuestro discurso debe estar sazonado con la sal de la santidad. Al hablar así, nuestra gracia no degenerará en pasar por encima de los pecados con ligereza,

ni nuestra fidelidad en una mera condena dura de los pecadores. Para esta combinación de gracia y «sal» necesitamos la sabiduría de Cristo, que no solo sabía la respuesta correcta que había que dar a cada preguntador u opositor, sino cómo responder para satisfacer la necesidad de cada uno.

## 7 - Los saludos finales (Col. 4:7-18)

Los saludos con los que se cierra la epístola presentan un hermoso cuadro del amor cristiano, el interés mutuo por las circunstancias de los demás y la tierna consideración por el bienestar espiritual del pueblo del Señor, que existía en el círculo cristiano en los días anteriores a que la Iglesia, como testigo unido de Dios, se arruinara y el pueblo de Dios se dividiera y dispersara.

### 7.1 - Versículos 7-9

Dos hermanos en el Señor –Tíquico y Onésimo– estaban unidos en el servicio de llevar esta carta a la asamblea en Colosas. Muy felizmente el apóstol puede hablar de Tíquico como, no solo un «hermano», sino un «hermano amado»; no solo como un «ministro», sino como «fiel ministro»; y no solo como un «siervo», sino, como un «consiervo» con el apóstol en el Señor. Estos rasgos cristianos se combinaban tan uniformemente en este siervo que su amor no impedía su fidelidad, ni su fidelidad excluía su comunión con los demás. Onésimo, uno de los santos de Colosas, también es elogiado como un hermano fiel y amado, aunque no se dice nada que indique que participó en el ministerio público. Probablemente no era un hermano dotado. Si recordamos que era socialmente un esclavo, el elogio que recibe de Pablo mostraría cuán a fondo respondió a las exhortaciones dadas para el esclavo en esta epístola.

Estos dos hermanos darían a conocer a los hermanos de Colosas «todas las cosas» relacionadas con Pablo y los intereses del Señor en Roma. Con el fin de traer de vuelta un informe al apóstol, Tíquico se enteraría del estado de ellos y, al mismo tiempo, animaría sus corazones haciéndoles saber el profundo interés del apóstol por ellos. El amor contaba con el interés de ellos por el apóstol, así como su amor deseaba conocer su bienestar.

## 7.2 - Versículos 10-11

El apóstol menciona entonces a tres hermanos de la circuncisión: En primer lugar, Aristarco, que en el momento de escribir era compañero de prisión con el apóstol, había sido compañero de viaje de Pablo (**Hec. 19:29**); compañero de fatigas en el naufragio (**Hec. 27:2**); compañero de servicio (Film. 24); y, por último, es compañero de prisión en las prisiones del apóstol; en segundo lugar, Marcos, pariente de Bernabé, sobre el que ya habían recibido mandatos que no era necesario repetir, ni probablemente adecuados para una carta pública. Al parecer, la asamblea en Colosas había oído que Marcos se había apartado una vez de la obra y que, bajo el disgusto del apóstol, se había embarcado hacia Chipre con su pariente Bernabé (**Hec. 15:37-39**). Pablo quería que ahora supieran hasta qué punto Marcos había recuperado su confianza, encomendándole especialmente que lo recibieran si los visitaba. Estos dos hermanos, con Justo, eran al parecer los únicos hermanos de la circuncisión que trabajaban con el apóstol por el reino de Dios y que habían sido un consuelo para él en su encarcelamiento en Roma.

## 7.3 - Versículos 12-13

Ya hemos aprendido en la primera parte de la epístola que Epafras había trabajado entre los santos de Colosas como un fiel ministro de Cristo. Ahora nos enteramos de que, aunque ya no estaba con ellos, seguía trabajando fervientemente en la oración, por ellos y por los santos de las ciudades vecinas de Laodicea y Hierápolis. Parece que se dio cuenta de que el enemigo estaba atacando definitivamente a estas asambleas para apartarlas de Cristo mediante artimañas religiosas. En presencia de esta oposición, el apóstol habla de Epafras como «luchando por vosotros en sus oraciones». Un recuerdo saludable y alentador de que la oración es un arma poderosa para hacer frente a la oposición del enemigo. Además, Epafras no solo deseaba que los esfuerzos del enemigo se vieran frustrados, sino también que los santos pudieran «estar firmes, perfectos y bien asegurados en toda voluntad de Dios». Se dio cuenta de que, si eran cristianos completos y estaban establecidos en la verdad según la voluntad de Dios, serían capaces de resistir todo ataque del enemigo.

## 7.4 - Versículo 14

Se hace referencia a Lucas como «el médico amado», lo que demuestra que su vocación terrenal, como médico, no era incompatible con su llamado aún más elevado al ministerio como compañero del apóstol en sus viajes, y como escritor inspirado del Evangelio.

La mención de Demas sin una palabra de elogio es ominosa a la luz de la mención final de Demas, en la Segunda Epístola a Timoteo, de la que aprendemos que había abandonado a Pablo, habiendo amado este mundo presente. Hablaba bien del apóstol que era uno con el que no podía continuar ningún hombre que amara este mundo presente.

## 7.5 - Versículos 15-16

Se envían saludos a los hermanos en Laodicea y a uno cuya casa era el lugar de reunión de una asamblea del pueblo de Dios. Al parecer, el apóstol vio que la asamblea en Laodicea estaba expuesta a los mismos peligros que amenazaban a la asamblea en Colosas y, por lo tanto, ordena especialmente que se lea esta epístola en medio de ellos. Por su historia posterior parece que hicieron poco caso, o pronto olvidaron, las solemnes advertencias de la epístola contra la intrusión de la carne religiosa que aleja al alma de Cristo, para satisfacer «los deseos de la carne» (2:8, 18, 23). Así que finalmente sucede que se echaron a perder por medio de «vanas y engañosas filosofías», estaban «vanamente envanecidos» y estaban tan satisfechos de sí mismos que se jactaban de sus riquezas espirituales, y podían vanagloriarse.

En la Epístola a los Colosenses el Espíritu de Dios nos ha desplegado a través del apóstol Pablo algunas de las más altas verdades del cristianismo: que Cristo es la «Cabeza del Cuerpo» con el énfasis en las glorias de Cristo como esa Cabeza. Estas gloriosas verdades se presentan como un antídoto contra el error que estaba entrando entre los santos de Colosas. El autor nos muestra, en su habitual estilo expositivo conciso, cómo aferrarse «con firmeza a la Cabeza» nos preservará de errores similares a los que la Iglesia se enfrenta hoy.